

Jovino Novoa

Liderazgo y vocación de servicio

1 de julio de 2021

Disponible en: <https://youtu.be/SiQEeUYAOs4>

Claudio Arqueros: Muy bienvenidos a esta actividad especial, a esta reunión, con los amigos de la Fundación Jaime Guzmán, con nuestro equipo, pero, sobre todo, con quienes se sentían amigos, camaradas políticos y gente que conoció a Jovino o lisa y llanamente que admiró su derrotero político.

Esta es una actividad que nos permite, vía plataforma Zoom, llegar a muchas personas y agradecemos el interés que ha tomado. Quiero agradecer también a nuestros dos invitados, Gabriel Villarroel –abogado de la Pontificia Universidad Católica de Chile, académico y escritor de varios textos– y Carlos Bombal, quien es también abogado. Ambos amigos de Jovino.

Carlos fue diputado y senador de la Unión Demócrata Independiente. Ambos son militantes de este partido. Y les quiero agradecer a los dos por estar hoy aquí con nosotros.

Además, quisiera recordar que hace exactamente hace un mes –por eso hemos escogido esta fecha– falleció Jovino Novoa, quien presidió la Fundación Jaime Guzmán desde el año 2015, que tuvo una amplia y destacada carrera política y que tuvo una vocación de servicio público toda la vida.

Su preocupación por el país parte desde muy temprana edad, cuando ingresa a la Pontificia Universidad Católica, conoce a Jaime Guzmán y ambos, junto a otro grupo de personas destacadas, fundan el movimiento gremial.

Jaime y Jovino fueron compañeros y amigos. De hecho, su tesis de universidad fue escrita juntos y dicho texto destaca como parte de la estantería medular de la biblioteca doctrinal del gremialismo.

Además, Jovino no solo participó en el gobierno militar, sino que también fue senador por la misma circunscripción que Jaime, fue presidente del Senado, presidió la UDI y luego de su retiro político –por la enfermedad que le aquejaba– presidió nuestra fundación desde el año 2015.

Fue una persona llena de virtudes y liderazgo. Las anécdotas se las voy a dejar a ustedes, Carlos y Gabriel, pero quiero destacar que el liderazgo que ejerció Jovino es, sin dudas, reconocido transversalmente.

Me permito solo una anécdota, antes de empezar. Yo tuve la suerte de participar en una comisión que actualizó y estabilizó los principios de la UDI, junto a Gabriel y otras personas. Y recuerdo que, en diferentes discusiones, Jovino marcaba pauta doctrinal, experiencial y fue clave en poder llegar a buen puerto en ese trabajo, desde el punto de vista de la orientación de los principios.

Bien. Muy bienvenidos a cada una de las personas que está con nosotros conectado, muy bienvenidos Gabriel y Carlos, nuevamente.

Yo les voy a pedir a ustedes que nos cuenten su experiencia y amistad de camaradería política con Jovino, desde la dimensión que ustedes quieran. Les voy a dar unos minutos a cada uno, luego podemos conversar y si alguien tiene alguna pregunta, los invito a formularla en el chat.

Gabriel, tienes la palabra.

Gabriel Villarroel: Muy bien. Buenos días a todos. En primer lugar, yo quería agradecer la iniciativa de la Fundación Jaime Guzmán de haber organizado este evento, porque creo que es un primer paso para mantener vivo el legado de Jovino.

A esta iniciativa yo le asigno la máxima importancia, porque creo que los adversarios buscan enlodar constantemente el legado de nuestros iconos para que pasen al olvido. Por eso, no estaría de más que nosotros frustráramos sus intentos, para mantener el legado de nuestros referentes presente, vivo y en condiciones de ser entregado a las siguientes generaciones.

Así, la lucha contra el olvido de los líderes es una tarea básica que la Fundación Jaime Guzmán obviamente persigue en la persona de Jaime, que es su objeto de existencia primordial, pero me parece muy bien que lo haya extendido también a Jovino.

La izquierda en esto nos da lecciones, creo yo, de cómo ellos mantienen estos mitos vigentes a lo largo del tiempo, levantando personas a las cuales ni siquiera se les pueden dirigir críticas respetuosas. En esa línea, nosotros somos poco diligentes en esta tarea, pues permitimos que nuestros referentes sean denostados, sin contemplaciones y posteriormente pasan al olvido.

Dentro de ese contexto, esta iniciativa me parece esencial. Creo que es primordial que nosotros, juntos con la Fundación, ojalá asumamos el rescate y permanente vigencia del legado de Jaime y –por supuesto– de Jovino, que fue su colaborador más cercano y quién interpretó y continuó con su idea a lo largo de los años.

También agradezco la oportunidad de poder referirme y dar testimonio como un amigo. En el caso mío, y estoy seguro que para muchos de los que me escuchan igual, Jovino no solo

significó un referente político, un faro que iluminó al mundo de nuestras ideas y la acción política de nuestro sector, sino también un gran amigo.

Nosotros nos reuníamos periódicamente y, en varias ocasiones, cuando nos juntábamos con un grupo de amigos, yo llegaba un poco antes porque Jovino me quería escuchar, quería conversar conmigo. Él se daba tiempo para ocuparse de mis problemas y, gracias a Dios, la vida me dio la oportunidad de poder apoyarlo también cuando él me necesitó.

Nuestra relación fue la que se tiene con un entrañable amigo, en la que compartimos muchas vivencias, anécdotas y, sobre todo, compartimos sueños. Siempre en un trabajo sin descanso, en el caso de él por Chile y por los más necesitados. En ese sueño tuvimos la suerte de acompañarlo nosotros.

Jovino está indisolublemente ligado a su amigo Jaime, tal como lo hemos comentado. Juntos fundaron el gremialismo, le dieron vida a la UDI y nuestro sector es fruto, en gran medida, de los esfuerzos de ellos dos.

Y no cabe la menor duda de que fueron muy exitosos, porque la UDI fue el proyecto político más gravitante de la última parte del siglo XX y el principio del siglo XXI en Chile. Curiosamente, tuvo su cuna donde mismo la tuvo la Democracia Cristiana y donde mismo la tuvo también el MAPU, que después fue el que encabezó la transición en Chile a través del socialismo renovado, que fue en la Facultad de Derecho de la PUC.

Y ahí fue compañero de Jaime, donde juntos dieron vida a todo lo que son nuestras ideas hoy y crearon un cuerpo orgánico de conceptos. Sin embargo, no sólo se quedaron en lo que era la formulación doctrinaria, sino que también ahondaron en la acción política durante muchos años.

Y lograron algo notable, porque en el mundo yo creo que no hay ningún grupo político que haya formado parte vertebralmente de un gobierno militar, como fue la UDI, y que sobreviviera a ese gobierno. Y no solo eso, sino que –además– este partido creció y a Jovino le tocó, por circunstancias de la vida, ser quien lo encabezara en su mejor momento.

En definitiva, a lo largo de mi vida, y en distintos ámbitos, he tenido la oportunidad de conocer a muchas personas; de repente deslumbrarme con algunas de ellas en etapas más tempranas de la vida y adherir a ciertos liderazgos, que es propio de cuando uno es más joven y uno se entrega con más entusiasmo y menos espíritu crítico.

Y en ese sentido, tuve la suerte de conocer a Jovino más adelante en la vida, cuando uno es más ecuánime para juzgar las virtudes y defectos de las personas. Y por eso, puedo destacar que yo llegué a admirar a Jovino Novoa, como a pocas personas en mi vida.

Jovino era una persona que no solamente provocaba la adhesión de quién sigue a un líder, sino que una gran admiración. En mi caso, esta admiración nació cuando lo conocí, nos

empezamos a tratar con un grupo de amigos y después esto fue creciendo y se mantuvo a lo largo de toda la vida.

¿Cuáles eran los rasgos que yo creo que hacían a Jovino tan admirable? Para mi gusto, primeramente, su espíritu de sacrificio. A nosotros se nos convocó hoy para hablar de Jovino como alguien que poseía un espíritu de servicio público. Yo creo que evidentemente él tuvo esto. Sin embargo, no era su elección ser un político de primera línea, ni ocupar los cargos de elección popular a los cuales terminó siendo llamado. Él llegó a eso por su sentido de sacrificio, por el sentido del cumplimiento de un deber.

A Jovino en realidad, lo que más le gustaba, era ser un abogado. Quizás no todos lo saben, pero él fue un gran alumno en la PUC. Le tocó participar en un curso en la universidad que fue muy famoso porque tuvo grandes alumnos, entre ellos Jaime Guzmán, y siempre me acuerdo que el mismo Jaime nos comentó alguna vez que él no había sido el segundo mejor alumno de ese curso, sino Jovino.

Jovino fue un notable alumno y cuando se recibió de abogado tenía un futuro profesional muy notable también. Pero, ¿qué paso? Vino el triunfo del gobierno de la Unidad Popular. En ese tiempo, Jovino y Jaime habían participado en denunciar los riesgos que traía el totalitarismo marxista, lo que en ese tiempo se llamaba la campaña del terror, y Jovino se llenó de amenazas, por lo que tuvo que abandonar el país y se radicó en Argentina.

Aún con las implicancias de lo que significa partir a un nuevo país, sobre todo en relación al ejercicio de la abogacía -donde las leyes son diferentes- Jovino formó una cadena de abogados, hizo una nueva vida desde cero e hizo lo que quiso.

Y cuando él tenía esto armado, se produce una circunstancia en el gobierno militar que da pie a una disputa entre los que se llamaban “los duros y los blandos”: los que querían llegar al retorno a la democracia e institucionalizar la Constitución y los que no querían. Es aquí donde Jovino fue llamado por Jaime para que se incorporara al gobierno militar.

Y nuevamente, en una muestra de sacrificio, deshizo lo que tenía en Argentina y se vino a Chile a desempeñar un cargo de gobierno, que todos sabemos que son efímeros e implican replantearse la vida.

Así, desempeñó su labor brillantemente. Y luego, cuando abandonó el gobierno militar, se dedicó a su vocación: formó una oficina de abogados, la oficina Guerrero, Olivos, Novoa y Errázuriz, que todavía existe como una de las oficinas más prestigiosas del país.

Pero nuevamente, las circunstancias de la vida lo vuelven a tocar. En este caso, fue el crimen de Jaime. Esto provocó que Jovino tuviera que deshacer su proyecto vital, porque todos estaban de acuerdo en que el único que podía mantener viva la UDI en dicha circunstancia tan especial, era él. Así fue como Jovino volvió a dejar todo botado, con esa misma generosidad, y se entregó a esta causa.

Entonces, obviamente, por las capacidades excepcionales que tenía, terminó ocupando la presidencia de la UDI, terminó siendo senador en la circunscripción de Jaime, fue además presidente del Senado y pre candidato a presidente de la República. Pero ninguna de estas cosas las buscó, llegaron como consecuencia de su espíritu de sacrificio.

La presidencia del Senado la desempeñó con brillo y con gran ecuanimidad, vimos incluso que todos los sectores así lo reconocieron en su momento. Y después de que cumplió esta tarea, lamentablemente vino este último episodio que tuvo que ver con el tema del financiamiento de la política y también el de su enfermedad, por lo cual, tampoco pudo volver a su vocación luego de terminar su cargo senatorial.

Doy testimonio de que, cuando nos juntábamos a conversar, siempre le gustaba preguntarnos en qué estábamos. Le contábamos de nuestros trabajos y proyectos y él gozaba con el tema. Nosotros notábamos que ahí era donde él hubiera querido estar.

Por eso, lo primero que yo destaco es el espíritu de sacrificio de Jovino. Lo segundo que quiero destacar es que es, ciertamente, la persona con la mayor reciedumbre moral que yo conocí. Tal vez sólo comparable a la que por algo fue su mujer durante toda su vida, nuestra querida Angelita, que también tiene esa personalidad tan notable de haber podido sobreponerse a las cosas más terribles y trágicas que le puede tocar vivir a una persona.

Me refiero no solamente a este renacer y haber tenido que partir desde cero tantas veces, sino que también a pruebas que mandó Dios: a desgracias personales muy duras y su propia enfermedad. Y también a algunas otras que no son pruebas que mandó Dios, sino que fueron la acción concertada de personas malévolas, que también le causaron a él y su familia un gran sufrimiento en una etapa de su vida muy importante.

Lo notable es que Jovino no solamente no se derrumbó, sino que salió adelante de todas esas pruebas más optimista, más entero que nunca, y terminó haciendo un aporte personal en la Comisión que redactó la actualización de la Declaración de Principios de la UDI.

Es bastante increíble que, después de haber pasado varias de esas pruebas juntas, que a cualquiera de nosotros le hubiera bastado con una sola de ellas para trastocarnos la vida y probablemente dejarnos inhabilitados, Jovino utilizó todo lo vivido como un estímulo para seguir adelante.

Y lo otro que quería destacar es que, como líder político, Jovino tuvo también muchos dotes admirables que son escasos en la política actual. Lo primero que quiero destacar en esto es su inteligencia. Todos los que lo conocimos sabemos que era el político más dotado que tuvo Chile en los últimos tiempos.

Lo más notable es que Jovino no se confiaba en esta extraordinaria capacidad, sino que era muy serio y riguroso, no improvisaba. Y aquí quiero dar un testimonio personal.

Cuando nosotros conocimos a Jovino con mi hermano, él nos comenzó a convidar, por las opiniones que dábamos, en la comisión política. Y cuando lo escogieron presidente de la UDI, empezó a convocar un grupo de personas que bautizamos originalmente como “Círculo de titanio”, porque éramos muy cercanos con él. Y Jovino nos llamaba para preparar todos los discursos, las entrevistas de prensa relevantes que hacía El Mercurio y los programas de televisión. Nunca improvisaba nada. Nos juntábamos una semana antes en su casa, íbamos trabajando las ideas y redactando borradores. Era sumamente exigente.

Lo que quiero revelar con esto es que, la forma en que él enfrentaba las tareas era con gran rigor y seriedad, no solamente con inteligencia. Y esto mismo en su labor legislativa.

Siempre estaba pendiente de lo que sucedía en el Senado y era muy crítico con algunos senadores que se mostraban bastante ignorantes en los temas que planteaban. No sé cómo habría sufrido ahora con lo que nos toca por venir.

Otra virtud que destacaba de él como político era su practicidad. Jovino se ponía metas que estaban al alcance de nosotros. Siempre, también dentro del plano anecdótico, nosotros nos poníamos a discutir cosas: ¿cómo nos van a debatir los adversarios?, ¿qué van a proponer? Y él decía algo muy sencillo: “Mira, preocupémonos de las cosas que dependen de nosotros. Lo que tú estás planteando no depende de nosotros, entonces no perdamos tiempo en eso”.

Él celebraba mucho una frase que yo le decía: “No le hagamos la pega a Dios”. Eso a él le gustaba mucho, siempre nos recordaba que debíamos hacer solo nuestro trabajo.

Y lo último que quiero destacar de él es lo irreductible que era en materia de principios y las ideas de nuestro sector y partido. Jovino era una especie de “Pepe grillo”, que podía ser muy insoportable al interior de la UDI y el sector, con el fin de buscar que las cosas siguieran el curso de ser fieles a nuestros principios e ideas.

A pesar de su personalidad, que era sencilla, amable y divertida, era irreductible en la defensa de los valores, principios e ideas que él consideraba fundamentales. Decía siempre una frase que nos divertía mucho, que era: “No es lo mismo sorprender en política que andar sorprendiendo”. Él decía que nosotros podíamos permitirnos una vez sorprender, pero andar sorprendiendo, en política, es algo muy lamentable, porque significa renegar de las ideas y hacerse irreconocible para nuestros propios partidarios y electores.

Para terminar, yo lo que quería decir es que los países, los gobiernos y las instituciones crecen al amparo de grandes hombres. Y la Fundación Jaime Guzmán, el gremialismo y la UDI, crecieron y se desarrollaron al amparo de sus grandes hombres: Jovino y Jaime.

Ahora, lamentablemente, Jaime nos ha hecho una falta tremenda en el país, no solamente en nuestro partido. Cuando dicen “la UDI no ha podido reemplazar a Jaime Guzmán”, yo digo: “bueno, ningún partido hubiera podido hacerlo”. Las personas así no se reemplazan.

Lo mismo nos pasa con Jovino. Lo único que nos va a quedar es unir todas las pequeñas virtudes que tenemos cada uno y trabajarlas con gran ahínco, para llegar a suplir el talento que Jovino tenía. Nos va a hacer una falta tremenda en los tiempos oscuros que, probablemente, nos tocarán vivir y que van a ser de grandes desafíos.

Y en esto, yo quería terminar diciendo que la contribución más relevante que yo creo que hizo Jovino para los tiempos actuales, es su libro “Con la fuerza de la libertad”, que lo escribió durante el anterior gobierno del presidente Piñera.

La preocupación de él, si uno mira el índice, era justamente la defensa de nuestras ideas. Es un libro absolutamente vigente. Y en él. Jovino termina diciendo en su contraportada algo que yo creo que nos viene muy bien, y con esto quiero cerrar mi intervención: “Nada es más grave en política que no tener ideas o esconderlas”. Una profunda reflexión que tenemos que tener en cuenta en los momentos que se viven.

Muchas gracias, Claudio.

Claudio Arqueros: Gracias a ti, Gabriel. Bueno, yo creo que después podemos armar una ronda de conversación. Quiero darle ahora la palabra a Carlos Bombal.

Carlos Bombal: Muchas gracias por la invitación. Por ahí se recordaba que yo tuve el gran privilegio de ingresar a la UDI el día que asesinaron a Jaime. Digo privilegio, no por la ocasión que señalo, sino porque participé del último acto político en la vida de Jaime Guzmán, que fue cuando me ingresa a mí al partido ese 1 de abril de 1991.

Yo ingresé al partido siendo recibido por Jaime, en una ceremonia muy emotiva. Nos trasladamos después a conmemorar los cinco años de la muerte de Simón Yévenes y después de eso ocurrió el asesinato.

Entonces, con ese marco, entro a esta relación que voy a hacer ahora. Todo esto desde una ausencia que, sin lugar a dudas, duele mucho. Esta instancia de la Fundación Jaime Guzmán que, debo destacar, fue el último refugio seguro de Jovino, nos permite reunirnos esta mañana para destacar la figura de un sobresaliente político de nuestro tiempo.

Lo primero que tendríamos que decir es que, buena parte de lo que sucede hoy al mundo de nuestras ideas y a los grupos políticos que conforman la centroderecha, se deba a la falta de un Jovino Novoa en el escenario político nacional.

Arqueado por una enfermedad que lo limitó en su dinamismo protagónico y restándolo de una participación activa en el quehacer de la política, Jovino debió alejarse en los últimos años de su vida de los primeros planos y encontró un refugio seguro, como lo decía al comienzo, en la Fundación Jaime Guzmán. Y eso es algo que él agradeció profundamente y que fue sumamente importante en la última etapa de su vida.

Si bien jamás se retiró del todo, porque siempre se mantuvo al tanto del acontecer, dejó de participar de la contingencia, lo que se hizo sentir de manera irrefutable.

Jovino tenía la gran calidad de ser un hombre de profundas y arraigadas convicciones y, por eso mismo, su postura frente a los acontecimientos y a la realidad era clara, nítida y sólida, versada y muy inteligente.

En Jovino no cabían dobleces ni componendas. Era un hombre certero, criterioso y hábil, que despertaba mucha atracción. Su acercamiento a los más variados temas del acontecer nacional, con una memoria privilegiada, le hacían ser una persona muy atrayente.

Poseía un imán que atraía, el que, mezclado con cualidades personales sobresalientes, lo hacían un personaje muy único, original y con una naturaleza altamente convocante.

Forjado en duros momentos de nuestra historia política como nación, cuando la libertad estaba gravemente comprometida en nuestro país, allá hacia fines de los 60', es Jaime Guzmán quien advierte en este compañero de curso de la PUC a un hombre de singulares características que escondía un enorme talento político que solo Jaime fue capaz de descubrir.

Jaime lo tuvo muy claro desde el comienzo: Jovino era el candidato perfecto para depositar en él, llegada la hora, la custodia de un legado que entonces veía sus inicios en la forja de una lucha que terminaría siendo apasionante, llena de dramatismo, de épica y de mucho heroísmo.

Angelita el otro día nos recordaba que, recién iniciado su pololeo con Jovino, pudo advertir que las urgencias del quehacer político demandaban de su generosidad como mujer para tener que compartir los tiempos del conocimiento como pareja y la ilusión propia de aquello, con los tiempos del agitado momento político de entonces, donde Jovino a instancias de Jaime Guzmán, se iniciaba en el liderazgo y en la acción.

Ya por esos años asomaba Jovino como un referente conductor: emergía un líder. Se venían sobre Chile días muy difíciles, pues la amenaza totalitaria era inminente. Cada vez que se habla de este momento dramático de nuestra historia, se refiere de una manera muy ingrata al gobierno militar y se omiten las causas que llevaron a ese momento. Ahí hay una mezquindad con la que siempre se refiere al dramatismo de la historia pasada.

Desde aquel entonces, podemos afirmarlo con mediana claridad, en Jovino emerge la impronta del artífice de un proyecto político, la impronta del fundador. No se trataba de un combate o lucha política de poca monta, se trataba de una lucha contra las fuerzas del mal desatadas en su expresión mayor.

Reinaba la desazón en el país, la anarquía, la violencia y la incertidumbre era total. El desafío era de grandioso calibre. Se trataba de luchar contra un adversario que, habiendo alcanzado

el poder, pretendía transformar a nuestra sociedad en un satélite de otras potencias de reconocido signo totalitario.

Eran los tiempos del inicio del ocaso de la Guerra Fría en el mundo, pero con una revolución cubana desplegada por América Latina. Aquello suponía combatirlos, pero también exigía levantar una alternativa que le ofreciera al país un camino libertario con horizontes nuevos, que alejaran aquellos peligros amenazantes.

Se trataba de defender los principios de una sociedad libre en un escenario sumamente adverso, y eso suponía coraje, determinación, liderazgo y convicción. Ahí es donde estaban Jaime y Jovino a su lado, en la primera línea. Artífices constructores, batalladores infatigables.

Tendríamos que señalar que el carácter fuerte de Jovino es un elemento clave que explica buena parte de su liderazgo. No era que estuviéramos en presencia de un personaje avasallador o arrollador. Nada de eso. Su fortaleza estaba en la reciedumbre de sus convicciones que se mezclaba en perfecta armonía con la mansedumbre de sus modos y maneras de relacionarse con los demás.

Lo que hacía que se estuviera ante una persona que tenía la delicadeza de imponerse por una estatura de gran elevación interior, más no por la arrogancia altanera y fatua de aquel que lo carcome la vanidad.

Me detengo en un elemento fundamental para explicar la condición de líder de Jovino. Era la estrecha cercanía con Jaime Guzmán y la fidelidad con la que Jovino le seguía, lo que determina, a mi juicio, la fuerza de Jovino y el talante que lo lleva a ser lo que fue su vida pública.

Si Jaime marcaba, uno tendría que decir que en Jovino esa marca es a fuego. Y por eso, es a él que todos vuelven la mirada en la hora dramática y estremecedora del martirio de Jaime. Aquella noche fatídica, es Jovino quien arenga a su gente diciéndoles: "Nuestro mejor homenaje es seguir su camino, que su muerte nos de la fortaleza para seguir adelante". Jovino esa noche tomó el bastón de la posta.

Una de las grandes cualidades de Jaime era saber escoger con prolijidad a las personas de valer que debían sumarse a la causa libertaria. Al fijarse en Jovino, qué duda cabe que Jaime escogió al mejor. Con él abre los caminos y los espacios para que tantos otros de su generación se sumen en la tarea de esa hora, convocando más tarde a las nuevas generaciones que se sumaban a una causa apasionante.

Si hay algo en el Jovino artífice que a mí siempre me sorprendió fue su despegue por el poder. Algo poco común en un ambiente y en una actividad donde precisamente todo pareciera encaminar a la conquista del poder, bastándose a sí mismo quienes lo persiguen.

Al igual que Jaime, ambos entendían el poder como un instrumento al servicio de las personas. La entrega al servicio y la búsqueda de la verdad en fidelidad a sus convicciones,

acogiendo al prójimo como el gran protagonista, fue la ecuación perfecta que dio sentido a un proyecto político comentado en valores muy caros y profundos.

Ahí, un elemento fundamental de todo esto es la amistad, como el elemento articulador de todo este proyecto. Es un grupo de amigos comprometidos, que siguen a un líder y no a un caudillo, que tiene las ideas claras, que es valiente y corajudo como Jaime, lo que da el marco, a mi juicio, al éxito de este proyecto.

Jaime, por encima de todo, centró la amistad como el elemento fundador de todos sus afanes. Y por eso, se proyecta esta obra de manera notable. Ahí Jovino es el protagonista.

La aproximación con la gente joven que tenía Jovino lo hizo brillar como un líder. Los jóvenes se encandilaban con él y Jovino a cada uno de ellos les prestaba una atención como al más importante de los hombres del mundo.

Precisamente por eso es que, peyorativamente, nos atacan y dicen que la UDI es “un grupo de amigos”. Pero precisamente ahí estaba la genialidad de este partido, estaba conformado por un grupo de amigos. Sin embargo, algunos se anduvieron acomplejando y, el día que la UDI se empezó a alejar de ser el grupo de amigos que era, a mi juicio, ese es el día en que se inició el declive del partido.

Jovino fue un gran articulador de esa amistad, fue el amigo por excelencia y por eso su liderazgo caló. Yo creo que es fundamental destacar en él también su sobresaliente inteligencia. Tenía una inteligencia para que ese brillo no fuera opacado por vanidad o arrogancia.

En Jovino jamás asomó altanería o un vestigio de superioridad que incomodara. Sabía escuchar, sabía argumentar y esperar un buen raciocinio que lo interpelara. Tenía la habilidad de construir argumentos con la solidez de sus convicciones, pero también incorporando en ellos la impronta de otros, la verdad de otros, si con ello se fortalecían los conceptos o se validaban mejor los diálogos y planteamientos.

Jovino le asignaba a la razón y a la asertividad de su interlocutor un valor superior, así como también a la mediocridad y a la necesidad una distancia prudente. Con Jovino uno sabía con quién estaba al frente. Por eso, era un agrado conversar con él. Era asertivo, seguro. No disimulaba una fina ironía y jamás hería.

Era de esas personas que no titubeaba. Sabía lo que quería y procuraba entender los argumentos de otros, cosa poco común. Jovino enseñaba con sus modales caballerosos. Uno tenía la clara sensación de estar en presencia de un hombre claro, transparente, serio, profundo y sencillo a la vez. Un gran señor.

Poseía una gran simpatía, otro gancho de su liderazgo. Se la tomaba en serio, pero sabía reír y hacer reír. El humor en Jovino era notable.

Diría también que era un hombre que interpelaba desde su mirada celeste y profunda, con esos silencios que manejaba esplendorosamente. Sabía aguardar el momento preciso para entregar una opinión, y eso le daba a su interlocutor una certidumbre que resultaba reconfortante, especialmente en horas difíciles y complejas. Estos rasgos que describo hablan precisamente del líder que era Jovino.

Estos atributos no son frecuentes en hombres públicos o en políticos, donde las más de las veces el argumento ligero o la vanidosa precipitación de lugares comunes o slogans simplones sea la norma habitual. Jovino no perteneció a ese tipo de políticos y por eso fue respetado con mayúscula.

Sus adversarios sabían con el roble que se enfrentaban. Lo sabían irreductible en sus principios, flexible en lo accesorio y prudente a la hora de lograr un acuerdo o una concordancia. Una personalidad fuerte, y por eso, un conductor habilidoso y profundo. Sabía dónde quería llegar y luchaba por llegar ahí.

Así hubiera tempestad o mar calma, su firmeza en el timón daba seguridad siempre. Y ustedes no se imaginan cuánto valor tiene en política un conductor seguro. Eso nos marcó a los que estuvimos compartiendo con él.

Con Jovino la regalada en puerto seguro siempre estuvo garantizada, y eso le daba mucho valor al partido y al proyecto político. Se podía confiar en él a ciegas. En este político liberal que, desde sus convicciones, respetó y se hizo respetar. No era como estos liberales de hoy en día que se proclaman liberales y son avasalladores.

Al contrario, el liberalismo de Jovino era su amor por la libertad y en eso había una cosa muy importante: el respeto a los demás.

En la vida de un líder no están ausentes los momentos de dura adversidad. Y Jovino lo conoció y vaya de qué manera. Porque lo sabían irreductible, insobornable y tenaz es que se levanta una maquinación siniestra que le tendió una trampa brutal y artera, como pocas veces se ha conocido en nuestra historia política. Y no lograron doblegarlo.

Intentaron asesinarle su imagen cobardemente. Se valieron para aquello de personajes llenos de miseria humana, que cargaban sobre sus espaldas ignominias sin escrúpulo alguno. Se confabularon medios de comunicación y fascinerosos, en una conjura maquiavélicamente dirigida desde altas esferas del poder, como una andanada feroz.

Fueron tiempos muy duros, hasta que la verdad se impuso, como no podía ser de otra manera. Aquel episodio Jovino lo vivió y lo sufrió con el estoicismo y la serenidad propios de un líder que es sometido a tan durísima prueba, Jamás un exabrupto, jamás una palabra de más, jamás una queja, jamás una condena. Solo una paciente espera, hasta que se desmoronara la conjura maliciosa.

No tengo duda que, quienes organizaron este brutal crimen, cargarán de por vida el peso de tamaña barbaridad sobre sus conciencias. El odio que Jovino jamás abrazó a ellos los carcomió.

¿Por qué aquello? Porque lo sabían irreductible. Y asó como asesinaron a Jaime por idéntica razón, a su seguidor más cercano también quisieron matarlo.

Jaime y Jovino sabían que sus destinos estarían marcados por la impronta fundacional que los unió en batallas victoriosas que juntos libraron frente a un adversario que escosó el ropaje de un enemigo implacable. Ese temple que reconocíamos en Jovino era el que nos daba seguridad. Un líder sereno y juicioso es un tremendo líder.

Compartí con Jovino un tiempo maravilloso en el Senado. Ambos representamos a la región Metropolitana. Su llegada al Senado encierra un valor muy profundo.

Habiendo tenido asegurada la precandidatura a la Presidencia de la República, y proclamada su entrada a la carrera presidencial, en un gesto sin precedentes, de esos que hacen falta en esta hora de Chile, declinó su postulación a favor de Arturo Alessandri, lo que en su momento desconcertó a los partidarios.

En aquella decisión hubo una razón muy profunda, que es muy poco conocida. Jovino sintió que su compromiso con la UDI y con el ideario trazado por Jaime lo cumpliría más fielmente si ocupaba el sillón dejado por Jaime en el senado.

Fue esa íntima convicción, propia de un líder de su estatura, la que lo llevó a enfrentar la campaña senatorial por Santiago poniente en circunstancias no exentas de dura competencia.

Logró la meta y ocupó el mismo sillón de Jaime en el Senado, coronando así años de lucha, años de fundación, años de sueños, años de pasión por Chile. Le había cumplido a Jaime. Y eso habla de la estatura moral de Jovino, de su liderazgo y de su condición inequívoca de un gran señor.

Así son los líderes patriotas. Tiene ese no sé qué de los forjadores de la patria, que hicieron a las luchas libertarias de otro tiempo, con un coraje y una valentía sin igual.

Desde su llegada al Senado destacó por su brillantez. Su habilidad numérica, su inteligencia, su gran memoria y su cabal entendimiento y comprensión de las finanzas públicas lo situaron en los temas de la Hacienda Pública, donde se manejaba con una claridad conceptual y con una seriedad impresionante.

Esto se tradujo en aciertos sorprendentes a la hora de legislar y le valieron la admiración de todos sus pares. Precisamente sus cualidades personales le permitieron un desenvolvimiento muy fluido en el trabajo senatorial. No en vano ocupó la presidencia de varias comisiones (la de Hacienda, desde luego) y luego la presidencia del Senado, como segunda autoridad de la república, cargo que desempeñó magistralmente, con reconocida brillantez.

Era exigente y apretador. Cuando coordinaba al comité de senadores ningún detalle podía quedar librado a la improvisación. El sentido de la responsabilidad ante la magistratura que representábamos era algo esencial. Cada sesión era preparada sigilosamente en un trabajo meticuloso que no cesaba hasta el minuto en que la campaña daba inicio a la sesión del hemiciclo.

El liderazgo de Jovino no se construye en una encuesta. Es un liderazgo que se construyó con el transitar de los años. Los años, al ir transcurriendo, van tiñendo de experiencia el alma de las personas. Cuando esa alma se sabe refinada, como en el caso de Jovino, todo lo que de ella brota se transforma en próxima a lo sabio. Y la sabiduría es capaz de transformarlo todo.

Jovino en su vida conoció duras adversidades, dolores de esos que parten el alma, y los supo sobrellevar con supremacía hidalga, depositando en cada uno de nosotros una semilla de templanza y de fortaleza que nos dejó preparados para resistir cualquier prueba extrema que la vida llegue a depararnos.

Esos son los líderes de verdad, los que conocen también el dolor.

Las penas, los dolores, las desilusiones y los padecimientos, también forman parte de la vida de los grandes líderes. Jovino experimentó dolorosas desilusiones que le acarrearón amargas, que asumió con hombría y también con nobleza.

Saber llevar aquellos episodios tristes con la sobriedad, con el recogimiento y también con una sonrisa —la suya una sonrisa cautivadora al decir de muchos— es propio de los líderes que tienen clase. Jovino fue uno de esos.

Dígase también en la condición de un líder con clase, el valor de aquel en otros planos de su vida. En el caso de Jovino su devoción amorosa por su familia, su Angelita, sus hijos, su hermano, su hermana y sus nietos le dieron un marco sostenedor y de contención recíproca imposiblemente mayor.

A ellos se debió en buena parte de sus afanes. Por ellos luchó hasta su último tiempo.

Soy testigo de sus desvelos para con ellos. También de la generosidad con que ellos aceptaron esas ausencias que la acción política lleva aparejada, no permitiéndonos estar todo lo que quisiéramos con los que más queremos en esta vida.

Termino estos recuerdos retornando a la figura de este político sobresaliente, que animó e inspiró la vida de un movimiento político de los más exitosos de nuestra historia republicana, de la mano de un coloso como fue Jaime Guzmán. Ambos fundidos ahora en la inmortalidad.

Ligado al martirio, Jaime encuentra en Jovino al sucesor que permitió que esa sangre derramada se hiciera fecunda. Por eso hoy hablamos de Jovino como el gran líder que fue y que seguirá siendo.

Su legado se lleva en el alma, no necesitó de un testamento.

Una reflexión final:

Si norte le falta a la UDI en esta hora, le sobran ejemplos virtuosos para corregir el rumbo, volver a la calle, dejar las comodidades del poder, volver a mojar la camiseta, hasta reencantar a esos miles y miles de compatriotas y jóvenes que vieron en Jaime y en Jovino a unos líderes de verdad, y que ahora vaya falta que nos hacen.

Muchas gracias.